

JORDI MIRALLES

SIMPLICIDAD Y ARTE EN EL MORIR

POR UNAS EXEQUIAS VIVENCIALES
Y RESPETUOSAS CON EL PLANETA

SIMPLICIDAD Y ARTE EN EL MORIR

© de los textos: Jordi Miralles, 2021

© de las ilustraciones: sus autores

© de la foto de la portada: Jordi Miralles

© de esta edición: Pàmies Vitae Edicions

Partida Primera Marrada, s/n - 25600 Balaguer - Catalunya - Espanya

info@pamiesvitae.com

www.pamiesvitae.com

Primera edición: noviembre de 2021

ISBN: 978-84-120130-3-0

DL L 801-2021

Impresión: Arts Gràfiques Bobalà, S L

www.bobala.cat

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

*En el momento de la muerte,
el alma abandona el cuerpo,
lo deja como a un vestido viejo,
devuelve al polvo ese cuerpo que era polvo
y forma un cuerpo hecho con
su propia luz antigua.*

DJALÂL OD DIN RÚMI (1207-1273)

Índice

Agradecimientos.....	9
El autor	11
Prólogo.....	13
Prefacio	17
Así en la tierra como en el cielo	17
La danza de la Vida	25
Una nueva cultura funeraria	25
Desmaterializar la vida para una muerte liviana.....	33
La muerte, una cuestión ecológica.....	37
Fisiología de la muerte sobre el cuerpo difunto.....	41
Muerte y conciencia cuántica	51
Abrazar el dolor de la muerte	67
Ecoproductos funerarios.....	73
La necesaria evolución del funeral	73
Pensar en un funeral ecológico	78
Ataúdes sostenibles	83
Las urnas cinerarias	92
Vestidos para honrar la tierra.....	100
Ornamentos florales ecológicos	108
Los vehículos funerarios	115
Acondicionamientos funerarios	122
Refrigerios ecológicos en el tanatorio.....	135

Celebración de la muerte.....	139
La importancia de la vela en el domicilio habitual	140
La inhumación en cementerios.....	145
El compostaje de cadáveres.....	160
La cremación.....	164
Cremación de bajo coste	182
Cremaciones verdes	186
Gestión de las cenizas	193
Recuerdos memoriales.....	207
Asumir la propia mortalidad como un regalo	207
Dejar un buen recuerdo	218
Ceremonia laica	225
Testamentos legales, la nomenclatura no ayuda	228
El testamento y el legado.....	231
La huella digital de una vida.....	234
Donación del cuerpo y de órganos a la ciencia.....	237
Annexo.....	243
La realidad de los servicios funerarios en España	243
La pandemia Covid-19 y su impacto en el sector funerario.....	264
Lecturas complementarias recomendadas.....	269

Agradecimientos

En tus manos ya, este libro ha sido posible gracias a la colaboración y entusiasmo de la familia Pàmies, de Miguel, Montse y Aleix, de Josep, de Rosa Mari que fue quién valoro el manuscrito e hizo una corrección inicial y de Pau. Poder formar parte de un título de su editorial me honra. De forma especial agradezco a Manolo Vilchez que, con su pasión habitual, haya animado que este libro fuera desempolvado, para lo cual ha realizado las labores de “editor” espiritual. A la Fundación Dulce Revolución que, a través de Antoni Gasulla, ha revisado el texto. Al amigo Carlos Fresneda por hacer un hueco en sus labores periodísticas y de ensayista y dedicarme su sentido e inspirado prólogo. Agradezco a Cécile Devard las indicaciones que me dió para mejorar el texto en sus inicios. También quiero dejar constancia de la generosidad de los hermanos Santi, Alfonso y David Reig, que a través de su empresa de servicios informáticos Moixó S.L. diseñaron y mantienen el software del web funeralnatural.net, de cuyos contenidos nace este libro. Y finalmente, a tí, lector, me conmueve tu entereza por adentrarte en un tema tabú y te agradezco que me acompañes por este paseo por el mundo de la muerte como parte del vivir y que personalmente siento que debe estar alineado con el respeto a la Madre Tierra. Es por esto que defiendo que el ritual funerario debe ser con criterios de simplicidad y ecológico. Gracias a todas las personas con las que el Universo me ha rodeado y que con su presencia en el fondo también forman parte de estas páginas que inician. Finalmente, doy gracias a la Vida por haberme permitido dedicar mi tiempo libre para bucear y descubrir los secretos y la belleza del proceso de morir o de vuelta a la Consciencia Universal.

El autor

Jordi J. Miralles (1959-), nacido en Sabadell y afincado entre Barcelona y Santa Pau, es biólogo y durante más de cuarenta años ha estado implicado en grupos ecologistas del país. Los últimos cinco lustros estuvo al frente de la entidad ambiental FUNDACIÓN TIERRA como presidente de la misma. Desde esta entidad en 2011 se creó el concepto *ecofuneral* y tras ceder su cargo ha continuado profundizar en el tema creando el espacio web “funeralnatural.net”. Desde este dominio de la red le aporta contenidos y reflexiones de forma altruista e independiente de todo el sector funerario español. La web de FUNERAL NATURAL a finales de 2021 suma más de 155 artículos sobre el tema con su particular perspectiva holística de la muerte, integrando ecología y vivencia. Además esta misma web reseña más de 245 películas sobre el tema de la muerte y el duelo, y atesora casi 200 reseñas de libros de la misma temática. La opción que el autor propone en FUNERAL NATURAL es una invitación pedagógica a favor de aplicar la ecología y la ética en el ámbito funerario. Por ello todos los artículos de la web están encaminados a favorecer que las personas valoren planificar el funeral o ceremonias de despedida de forma vivencial, en lugar de seguir los estandarizados protocolos que a día de hoy ofrecen las funerarias establecidas.



Prólogo

Muerte es Vida

Año tras año, millones y millones de mariposas monarca emprenden un largo y extraordinario viaje de más de 4.000 kilómetros de Canadá hasta México, a la busca de climas templados donde poder alcanzar la madurez sexual y asegurar la pervivencia de la especie. Las comunidades mazahuas del estado de Michoacán las reciben con sus mejores galas y con ofrendas de cera y copal, pues para ellos representan el espíritu alado de sus seres queridos, que regresan a tiempo para el DÍA DE LOS MUERTOS.

En la cultura azteca, las mariposas sagradas se asociaban con Xochiquetzal, la diosa de la Belleza, a la que se representa también con dos alas en la espalda como símbolo de lo frágil y lo efímero. La vida y la muerte llegan con alas de mariposa y nos recuerdan que todo discurre en ciclos, que el mundo dejaría de palpar si cada final no fuera al mismo tiempo un nuevo principio.

Muerte es vida da título al maravilloso documental de la mexicana Ali Alvarez que tuve la suerte de ver al tiempo que caía en mis manos el manuscrito de *Simplicidad y arte en el morir*. Jordi Miralles es al fin y al cabo biólogo, y su inquietud primera y última sobre la muerte tiene mucho que ver con su observación del mundo natural (pasando por la prodigiosa migración de las *Danaus plexippus* o mariposas monarca). Jordi habla de morir como “un acto vital” y nos recuerda cómo ese “permanente reciclaje” es la esencia de eso que llamamos Naturaleza, donde la única verdad inmutable es esta: todo cambia.



La vida de Ali Alvarez cambió de repente cuando tenía once años y perdió prematuramente a su madre. Como tantos mexicanos, la cineasta siente una conexión especial con las mariposas monarca que entre octubre y noviembre llegan a bosques de coníferas buscando alimento y reavivando el recuerdo de los seres

queridos. Su bellísimo documental es un viaje interior de miles de kilómetros, a la busca de familias que conocieron de cerca la muerte y que han sentido esa mágica conexión con los que se fueron gracias al aleteo de las “monarcas”. Lucía, “Tito”, Betty, Jessica o Lourdes siguen en el fondo vivos en los corazones de sus familias, unidas por esa sensación de que “la vida no termina aquí, sino que sigue su proceso”.

Vida es muerte y muerte es vida. Ese es también el mensaje de estas páginas que ahora tenéis en vuestras manos y que sin duda tendrán un “efecto mariposa”. *Simplicidad y el arte en el morir* es un libro necesario y valiente, en el que se habla sin tapujos de la muerte en todas sus dimensiones: de las más profundas a las más mundanas, doblemente iluminadas por la ciencia y el espíritu. Solemos ver la muerte como una ruptura, trágica y brutal; este libro nos enseña a aceptarla como un desenlace natural, como una continuidad de la vida misma.

Leer a Jordi Miralles es también quitarse de encima esa losa de pesadumbre y silencio. Como bien recuerda de entrada en el libro, “nuestra cultura se opone a la muerte”, la entierra y la oculta, o la niega directamente, en el que acaso sea el más funesto de los negacionismos.

Ahora que tanto se habla de transición ecológica, ha llegado sin duda el momento de reivindicar una manera más natural, menos traumática y en el fondo más humana de afrontar esa “transición” que llamamos muerte.

A veces nos golpea antes de tiempo y a traición, es cierto. Perder un hijo a los 19 años, como me ocurrió personalmente con mi querido Alberto, es algo que no entra en nuestros esquemas. Estamos preparados en todo caso para aceptar que nuestros padres se irán antes que nosotros, pero algo en lo más íntimo se resiste a aceptar física y emocionalmente una “injusticia” así. Al negacionismo externo se une ese “no” interior, y es muy fácil caer en un acallado conflicto entre nuestros propios sentimientos y las convenciones que nos vienen impuestas. La muerte pesa entonces doblemente por todo ese rigor que le acompaña, por esa pesada cruz de piedra que arrastramos noche y día.

Frente a todo esto, Jordi Miralles reivindica la serenidad y la simplicidad, y en el fondo una apreciación de la vida en sentido amplio, un desprenderse de cosas y de costras que ayudarán a hacer de la muerte algo más liviano y llevadero para uno mismo y para los demás.

Curiosamente, nuestros caminos convergieron por la senda de la simplicidad, gracias a nuestro común amigo Jim Merkel, autor de *Radical Simplicity*. Jordi ayudó a traducir y a divulgar aquel libro absolutamente imprescindible, cuando estaba al frente de la Fundación Terra, arropado por otro hermano del alma, Manolo Vílchez, que nos acaba de reunir en este otro libro.

El círculo de la simplicidad se cierra así, siendo más que nunca fieles a lo que nos decía Jim Merkel: “Ser radical es ser fiel a tus raíces”. Morir de un modo más natural es también volver física y simbólicamente a nuestras raíces.

* * *

“Así vivimos, así morimos”... Esa es también la reflexión de fondo que hace Jordi Miralles. La manera antinatural con la que se afronta la muerte es la prolongación de una vida desnaturalizada y totalmente desconectada de nuestro entorno. La crisis ecológica es el producto de este estilo vida materialista, acaparador y lineal que nos ha llevado al punto crítico en el que estamos: viviendo por encima de los límites del planeta, causando una pérdida irreparable en la biodiversidad y poniendo en peligro nuestra propia supervivencia como especie.

“Tú debes ser el cambio que quieres ver en el mundo”, decía Gandhi. Pero luego resulta que tras pasar media vida intentando cambiar las cosas, viviendo de una manera más simple, más saludable y más consciente, nos estrellamos de pronto contra el muro que rodea a la muerte y descubrimos un mundo lleno de necias convenciones, por no hablar del negocio que existe alrededor y que impide (como el caso de los combustibles fósiles) cualquier posibilidad de transición ecológica.

¿Por qué en España sigue habiendo pocas opciones para un entierro natural? ¿Por qué los cementerios son pura piedra? ¿Por qué no existen más posibilidades para minimizar nuestra huella ecológica y volver a la tierra? ¿Por qué se hace todo tan de prisa al final, sin espacio para la meditación o la reflexión, más allá de las salmodias religiosas?

La vida atropellada que llevamos en las ciudades es poco propicia para la muerte. Curiosamente, es en los pueblos donde tal vez acabemos encontrando el sosiego y el consuelo necesarios, en la cercanía humana y en la travesía del duelo. Nuestra cultura no solo niega la muerte, sino que reprime esa necesidad emocional

de expresar y canalizar el dolor, como si hubiera que comerse las lágrimas y pasar cuanto antes de página.

La naturaleza es también ese espacio de regeneración para el cuerpo y el alma que todos necesitamos. La presencia de nuestros seres queridos se siente sobre todo en esos lugares inolvidables que compartimos con ellos y donde esparcimos en su día sus cenizas y sus recuerdos. Volver a ese lago, a esa playa, a ese parque o a esa montaña es una manera de conectar con ellos, allá donde estén, y propiciar el mágico reencuentro.

Como el que se produce todos los años en los bosques de Michoacán, con el ansiado regreso de millones de mariposas Monarca, a tiempo para el Día de los Muertos. Es ley de vida...

Carlos Fresneda

Periodista

Julio 2021, entre Londres y Barcelona

Prefacio

Así en la tierra como en el cielo

Puede que una de las realidades que más caracteriza al ser humano es su sentido de trascendencia en el sentido de sentirse parte de una conciencia universal (algunos lo llaman Dios, Qi, Vacío, Tao, Universo, etc.)

Según los historiadores, las primeras ceremonias funerarias se remontan a más de 80.000 años. En aquel momento, el ser humano buscó un espacio de vuelta a la naturaleza de la que formamos parte y a la vez celebrar el recuerdo de cada uno de los seres que formamos la comunidad humana durante la existencia en este planeta de acogida.

Sin duda, la evolución de la cultura funeraria constituye un saber apasionante por qué forma parte de nuestra esencia vital. El significado de la muerte y la vida también ha variado a lo largo de la historia. Este sentido de trascendencia inherente al espíritu humano ha sido vehiculado esencialmente por el fenómeno religioso del cual tenemos una gran diversidad por todo el planeta.

En todas las religiones, de la visión cristiana a la budista, por no extendernos, el rito de la muerte se adapta a estas creencias. La aparición de la ética laica ha introducido otra visión en los criterios para definir el rito funerario. Desde esta y especialmente en los países anglosajones, se ha impulsado lo que llamamos ecofunerales o funerales naturales.

Es cierto que en Occidente el tratamiento del cuerpo difunto se encaminó hacia el entierro o inhumación en el cementerio. Para una sociedad controlada y sujeta a un estilo de vida, el cementerio se conformaba como el nuevo hogar para el humano fallecido y el espacio para ser recordado. Nada que ver con las culturas para las que el cuerpo físico era provisional y que fomentan la incine-

ración o para las que el cuerpo difunto no es más que manjar para la naturaleza sagrada.

Una imagen vale más que mil palabras y el crecimiento poblacional especialmente en la sociedad occidental ha conseguido casi desbordar al cementerio horizontal de entierro en el suelo impulsando la solución del cementerio vertical de los nichos. Y finalmente, esta misma explosión demográfica ha impulsado, en nuestra sociedad industrializada, la cremación. Así que la idea del cuerpo difunto disolviéndose en la tierra o convirtiéndose en compost para ser fertilidad para la naturaleza se fue esfumando.

Antes la materia orgánica del cuerpo difunto se transmutaba en ácidos húmicos que las raíces de las plantas absorbían. Luego el desconocimiento biológico del proceso de la descomposición del cuerpo llevó a la tumba hermética aislada con piedra primero y finalmente con cemento. Atrapados en el túnel de hormigón nuestro cuerpo se aleja del ciclo natural. De ahí que la cremación, más allá de las facilidades para minimizar la gestión funeraria, nos otorga una última posibilidad para que las cenizas las podamos integrar nuevamente en la naturaleza (aunque esta opción no está libre de objeciones bien argumentadas).

El polvo del Universo, este vacío aparente que forma las estrellas y los planetas y a todos sus seres, está libre. La muerte es consustancial a la vida porque permite más vida y recicla los elementos con los que se formó la materia orgánica y gracias a esta le permitió existir durante un tiempo efímero.

Cada vez son más las personas que sienten que si se vive con convicciones ecológicas hay que morir de la misma forma. Estas personas buscan que su experiencia vital final sea congruente con sus convicciones éticas. Muchas personas se sienten parte de una conciencia universal, de un supraorganismo vital como es Gaia, de una comunidad de seres eternos.

Cuando alguien siente que no es más que una gota en un océano puro busca minimizar de forma real y práctica el impacto de la huella ecológica de su muerte y que la celebración de la misma sea acorde a su manera de pensar como parte de un todo al que no podemos vilipendiar.

La cultura de la muerte en el Estado español, con una legislación funeraria vigente (es de 1974), está anclada todavía a la dictadura. No ha sufrido nin-

gún cambio importante y se caracteriza por las prisas en el procedimiento funerario.

La rapidez que impone el protocolo, impide reflexionar y todo el mundo debe adaptarse a los estándares establecidos por las empresas funerarias. Y claro, estas, mayoritariamente, sirven sólo a un dios único, el de sacar el máximo de dinero posible de un “producto”, la muerte, que es inagotable.

Ante esta realidad sociocultural de falta de empoderamiento frente al proceso de morir y su celebración, se impone tomar conciencia de la propia muerte. Hay que romper los espejismos de la juventud eterna y celebrar la vida presente con la máxima conciencia. La planificación del propio funeral, no sólo nos permite ser coherentes con nuestras convicciones éticas, sino que en cada elemento funerario escogido facilitamos el proceso de duelo posterior o se ayuda a integrar la muerte del ser querido entre los que permanecen.

Reconocer nuestra pertenencia al latido universal, al pulso vibracional de inspirar y expirar, o de transitar por los ciclos la naturaleza, también nos ayuda a desmontar con más firmeza el tabú de la muerte y a empoderarnos como seres humanos ante la Vida.

De la misma forma que a ninguna pareja se le pasa por la cabeza que una empresa les diga cómo organizar su matrimonio, tampoco debería ser así con la muerte. Otra cosa es recibir ideas o buenos consejos de personas más experimentadas, pero siempre desde el respeto de las propias convicciones. Hoy en día esta realidad no es la que campa por el Estado español.

Es evidente que hay algunas iniciativas que facilitan, aunque con limitaciones lo que se ha llamado un “funeral natural” o “ecofuneral”, concretado en un sepelio en el que emerge la ética ambiental, en definitiva, la simplicidad. Lamentablemente, hoy por hoy en nuestro país no es nada sencillo plantear las condiciones que pueden permitir un funeral fuera de la estandarización impuesta.

Este manual pretende aportar elementos para la reflexión y ofrecer una nueva perspectiva a la forma en que afrontamos la muerte o el proceso de morir y, por tanto, el funeral o ceremonia de despedida. Al conjunto de propuestas ecológicas y vivenciales, lo denominamos funeral natural porque la muerte en sí misma es natural.

Las reflexiones que volcamos a continuación, los productos fúnebres descritos que no dañan al medio ambiente o la enumeración de las opciones disponibles en un servicio funerario vivencial, sirven a la posibilidad de celebrar lo que denominamos un funeral natural.

Todas las opciones que visualizamos, no siempre están disponibles ni son fáciles de aceptar por razones culturales, pero pretenden ser una alternativa para quienes se sientan con curiosidad de explorar con sinceridad una parte de su vida, la de la propia muerte, que es tan importante como la de nacer, la de casarse, la de trabajar o sobretodo amar. De ahí que el proceso de morir pueda ser un arte.

Reivindicamos que cuando dejamos el cuerpo físico tenemos la posibilidad de celebrarlo sin causar daños a la naturaleza que nos rodea. Por esto este libro se adentra y detalla el conjunto de opciones que permiten asumir la propia muerte cuando llega y hacerlo desde una perspectiva de respeto al medio ambiente o a la madre naturaleza que nos acoge como especie.

Pequeña historia del legado de una evolución pionera

Quien escribe este libro fue presidente de la ONG medioambiental denominada Fundación Tierra, entre la fecha de su creación en 1994 hasta inicios del 2018. La idea de promover el funeral ecológico (ecofuneral) se planteó en 2005 en el seno de la Fundación Tierra tras publicar una monografía sobre el tema.

Pero pasará todavía un lustro para que aquel análisis ecológico del sector funerario tomara cuerpo como una propuesta concreta de ayudar a ambientalizar el sector funerario. Es en el período 2011-2016 cuando la Fundación Tierra establece sinergias con empresas interesadas en promover una certificación ambiental del proceso funerario apoyada por una póliza de decesos ecológica. Fue un lustro intenso y a pesar de las buenas ideas no se consiguió que el proyecto avanzara más. ERGO Seguros Grupo DKV continuó apoyando la idea impulsando su póliza de decesos. A día de hoy (2021) se sigue ofreciendo este producto como póliza DKV Ecofuneral.



Pero, volvamos al pasado y cómo fue que la Fundación Tierra se interesó en estudiar el vector ambiental del sector funerario. Esta es una pequeña historia que merece ser contada.

Una de las actividades más relevantes de la entidad era editar las monografías de educación ambiental destinadas a maestros denominadas, PERSPECTIVA AMBIENTAL (de estas se publicaron cincuenta números con temas específicos entre 1995 y 2010 y están disponibles en formato PDF en la web de la entidad).

Estas monografías pretendían divulgar tópicos ambientales innovadores. El autor de estas páginas, como presidente de la entidad, participaba activamente en la redacción de las mismas. Cuando era posible, se fomentaba que la investigación para elaborar los contenidos de aquellas monografías, sirvieran de formación a estudiantes de ciencias ambientales. A algunos de aquellos estudiantes, adentrarse en el tema de la monografía les facilitaba su proyecto de final de carrera.

Para llevar a cabo de forma reglada las investigaciones ambientales que proponían las monografías PERSPECTIVA AMBIENTAL, se estableció un convenio con la Universidad Autónoma de Barcelona. Este convenio permitía acoger a estudiantes y darles soporte pedagógico e instrumental para finalizar su formación de grado.



En 2004 una de estas estudiantes, que querían hacer prácticas formativas fue Marta Beltrán. Escogió la opción de la Fundación Tierra, pero no tenía claro cual podía ser su foco de interés. De hecho, estaba sumida en el proceso de duelo por la muerte de una persona joven como ella. En aquel mismo momento, Greenpeace presionaba al ayuntamiento de Barcelona para que la empresa funeraria pública de su propiedad, dejara de fabricar ataúdes con maderas tropicales que contribuían a la deforestación de las selvas y la consiguiente pérdida de biodiversidad planetaria (práctica muy extendida por toda España en aquel momento).

Lógicamente, en aquella época, que no es tan lejana en el tiempo, todas las empresas funerarias del país querían distinguirse con féretros de maderas nobles (que por otra parte les justificaba el elevado precio que luego imponían (e imponen todavía, al servicio funerario)). La campaña de Greenpeace no tardó en poner al ayuntamiento barcelonés contra las cuerdas. Precisamente, en aquel mismo momento en que Marta estaba en proceso de duelo.

Así que mientras se valoraba que tema ambiental podía ser de su interés y en la visión de innovación que caracterizaba a la Fundación Tierra, como Presidente de la misma contacté a la empresa municipal de servicios funerarios de Barce-

lona para ofrecerles ambientalizar el servicio funerario y sobretodo en fabricar ataúdes con madera certificada procedente de gestión forestal sostenible.

La suerte en el asunto fue que el entonces director de Serveis Funeraris de Barcelona (en la época la empresa era 100 % pública), el Sr. Eduard Vidal acogió con entusiasmo la propuesta.

Así se fraguó un convenio de colaboración entre la Fundación Tierra y Serveis Funeraris de Barcelona, lo cual permitió a la Fundación Tierra, en concreto, través de los ojos de Marta, la oportunidad de estudiar y conocer el detalle del proceso de todo el servicio funerario desde las salas de tanatopraxia hasta los hornos crematorios, pasando por la producción de féretros.

Tras varios meses de visitas e investigaciones Marta redactó y firmó la publicación de un número de la monografía PERSPECTIVA AMBIENTAL junto con el tutor del trabajo, quién escribe, con un título innovador “*Ecofunerales*” y una portada no menos atrevida y llena de simbolismo.



La empresa funeraria barcelonesa valoró muy positivamente el análisis y las ideas aportadas, así como el carácter innovador del contenido de la monografía (la colección era en lengua catalana, pero este número se tradujo y se editó en castellano por parte de la patronal funeraria española de la época). La monografía *Ecofunerales* también sirvió para poner las bases de la fabricación de ataúdes con madera certificada en aquel entonces por el FOREST STEWARDSHIP COUNCIL (FSC). Y por supuesto, esta aportación ayudó al proceso de duelo de la ambientóloga, Marta Beltrán.

Lamentablemente, al poco tiempo el sector funerario entró en el proceso de liberalización impulsado por la Unión Europea y la privatización cortó el poder avanzar más en el tema.

Un lustro después la Fundación Tierra en un momento en el que la entidad buscaba redefinirse tras más 15 años de innovación ambiental, planteó una sinergia entre una empresa de seguros ERGO Seguros Grupo DKV y Memora (Serveis Funeraris de Barcelona, parcialmente privatizada y adscrita al Grupo Memora) para desarrollar una certificación ambiental del proceso funerario y diseñar una ecoetiqueta para ataúdes de madera. En este proceso fue clave la entonces directora de la Fundación Tierra, Marta Pahissa.

Gracias a aquella colaboración entre las entidades implicadas se pudo desarrollar los estándares para crear lo que fue la primera certificación del proceso funerario ecológico denominada CERTIFICACIÓN SFE 07:02 porque se basaba en siete principios ecológicos y dos de vivenciales y la ecoetiqueta para ataúdes sostenibles (ECOTERRA).

La responsable técnica de redactar este proceso de certificación funerario y la ecoetiqueta fue la propia Marta Pahissa. Se intentó sin éxito que se implantara como un proceso propio en Serveis Funeraris de Barcelona del Grupo Memora que participaba en el proyecto. Sin embargo, por cambios en la dirección de la empresa y los propios avatares del sector ni se terminó su implantación ni tampoco la idea de la certificación funeraria SFE 07:02 llegó a ninguna otra empresa.

En paralelo se habían definido los estándares para establecer una póliza de decesos que permitiera garantizar un funeral con los criterios ecológicos de la certificación funeraria.

La PÓLIZA DE DECESOS ECOFUNERAL, implantada por Ergo Seguros Grupo DKV, al quedarse sin la certificación funeraria asumida por una empresa del sector, optó por establecer unos criterios ecológicos específicos. Con ellos, Ergo como aseguradora, podía negociar con las funerarias la mejor opción ecológica en cada producto incorporado a la póliza.

Pero en esta pequeña historia, la muerte del proyecto fúnebre de la Fundación Tierra planeaba sobre la entidad. Así que definitivamente, en 2014, la ideóloga de la certificación SFE 07:02 fue contratada por ERGO Seguros Grupo DKV para seguir promoviendo la póliza ecofuneral, a la vez que la Fundación Tierra inició su propio proceso de agonía lentamente.

En 2018 y tras casi 25 años de historia de innovación ambiental, el equipo directivo que creó la Fundación Tierra en 1994 y bajo la cual se impulsó la ambientalización del sector funerario, decidió dar el relevo a otro equipo directivo que aportara nuevas visiones a la entidad. El tema pues dejaba de ser de interés para la renovada Fundación Tierra que quedó adscrita a un centro de investigación en ecología terrestre.

Este libro es el testimonio de dos lustros de implicación directa del autor en una experiencia única en nuestro país y sin paragón en el mundo. En definitiva un

intento de impulsar la ambientalización del sector funerario desde una certificación ecológica acreditada e independiente.

En los países anglosajones, por razones de cultura, han impulsado lo que se denomina “*natural death*” o “*Green burial*”, basado sobre todo en el entierro directamente en el suelo en áreas naturales específicas. Gracias a esta forma de inhumación ecológica se han desarrollado productos funerarios respetuosos para no contaminar la tierra o las aguas continentales. Sin embargo, la idea de una certificación ambiental de todo el proceso funerario sigue siendo una asignatura pendiente en el mundo occidental.

El autor deja constancia en estas letras que las colaboraciones empresariales entre la Fundación Tierra y especialmente con ERGO Seguros Grupo DKV entre 2011 y 2017 fueron básicas para al menos dar continuidad a la etiqueta ecológica (ECOTERRA) de ataúdes sostenibles que asumió temporalmente la fábrica de féretros de Memora en Barcelona.

Este libro es el heredero de muchas horas de trabajo a favor de la ambientalización del sector funerario. Pero, las ideas de fondo son el resultado de una entusiasta tesis: no puede haber ecología funeraria sin asumir el proceso de morir con simplicidad y como parte de la Vida.

Este libro pretende ser un estímulo que contribuya a impulsar en nuestro país una cultura funeraria respetuosa con el medio ambiente y una ciudadanía empoderada en celebrar la muerte con simplicidad y arte.

UNA NUEVA CULTURA FUNERARIA

La danza de la vida

Nuestra cultura se opone a la muerte y no sabe conjugar la serenidad de este acto vital con toda la existencia y el propio sentido de la vida. Muchos pensadores nos alertan de la importancia de incorporar la muerte como algo digno en lugar de ser trágico. Se trata de un cambio inexorable e ininterrumpido del propio ciclo vital; la muerte es un paso más de esta danza efímera que nos permite disfrutar de la mortalidad.

En nuestra cultura la muerte se considera algo terrorífico, algo trágico, una pérdida irreparable. La serenidad que debería enmarcar todo el proceso vital para muchos seres humanos se pierde en el último acto. La muerte permite dejar entrar nueva vida y albergar la paz en la condición eterna que nos configura.

Cómo saben numerosas culturas humanas, la vida, toda la vida, comporta tres fases que se suceden en un ciclo ininterrumpido: aparición (o nacimiento), despliegue o desarrollo (la evolución vital propiamente) y la desaparición o transformación (también llamada muerte).

Estas tres fases no están separadas entre sí, sino que se suceden en el cambio permanente e imperceptible que caracteriza la vida. Cada cultura asume esta realidad con su visión particular, desde la impermanencia de los budistas hasta la danza de la vida de los hinduistas pasando por el tránsito hacia la eternidad celestial o la transmutación de la parte material que nos conforma según los animistas.

Nos puede parecer que la muerte es un cambio definitivo porque dejamos lo que llamamos vida, pero también es el episodio que permite otras existencias en la Comunidad que nos acoge y a la que contribuimos con el acto de la repro-

ducción, con los hijos, los nietos, etc. Y es con estas vidas que legamos que se garantiza la permanencia y la evolución vital, como especie y como civilización.

Morir, un acto vital

Cuando asumimos la muerte como el final de algo, de la interrupción de la vida y nos escandalizamos, también asumimos la deshumanización de la vida. Al fin y al cabo, celebrar y acompañar la muerte es un acto de amor como cualquier otro que imaginemos de la vida que disfrutamos. Por eso, es incomprendible que escondamos la muerte a los niños o que convirtamos este episodio en una tragedia sentimental.

Cuando alguien deja la vida es cuando realmente nos lega su esencia. De la misma forma que asumimos el valor de algo cuando queda fuera de nuestro alcance pero hemos podido gozar de ello.

La muerte conlleva para los que quedan, la pérdida de un ser querido y esta precisa del duelo, pero también es la asunción de que lo hasta entonces compartido, pasa a ser parte de nuestro ser en lo más íntimo. Lamentablemente, nuestra cultura no estimula esta forma de apreciar la muerte y rechaza que sea un cambio necesario y que esta experiencia de cambio es una parte esencial de la propia vida.

Los mismos átomos que las estrellas

Cuando nuestra existencia asume la constante sucesión de nacimiento, desarrollo y muerte comprendemos su verdadera esencia. Cuando iniciamos un nuevo día tras el descanso nocturno, podremos apreciar que nuestra vida transcurre entre el orto y el ocaso solar de forma cambiante. Lo mismo podríamos observar en el transcurso de una semana, un mes o un año. Cada despertar, al amanecer es como un renacimiento, al igual que al acostarnos nos sumimos en una especie de no existencia consciente, como bien podría ser la experiencia de la muerte.

Podemos mirar con nostalgia las fotos de cuando éramos bebés sentados en el regazo de nuestro abuelo que ya murió. Pero en realidad también murió aquel

bebé que supuestamente asumimos ser, pues al igual que nuestro ancestro no resucitará, tampoco lo hará el bebé que fuimos y apreciamos en la foto.

El cuerpo del ancestro muerto se ha descompuesto en la tierra, mientras nuestras células infantiles han muerto para siempre en el torrente sanguíneo. Los átomos o moléculas se reciclan para convertirse en nuevas estructuras vitales. La vida es este reciclaje eterno de las estrellas hasta los quarks y viceversa.

Así que en nuestro interior albergamos lo esencial de la muerte, que es a su vez el motor de la vida, el recambio, la permanencia, la transformación para un nuevo estado. Los recuerdos, la nostalgia, no son más que un sentimiento necesario que sirve de combustible para avanzar hacia un nuevo desarrollo, hacia una nueva experiencia vital. De hecho, no podemos vivir una nueva situación si nos aferramos a la que tenemos. Esto en general es fácil de comprender, y sin embargo, no es muy diferente de asumir la muerte como esta bendición que nos permite gozar, de forma efímera en una existencia, la inmortalidad en los elementos que nos han conformado. Cada uno de nuestros átomos y partículas en algún momento ha formado parte de las estrellas que contemplamos en el firmamento de una noche repleta de estrellas.

Círculos vitales

Puede que la vida nos parezca un misterio insondable, una realidad que supera nuestra comprensión y, sin embargo, no es más que un ejercicio de transformación que podremos experimentar entre la llegada (nacimiento) y la partida (muerte). Un tiempo que, más allá de su longitud en la escala del movimiento celeste de la Tierra alrededor del Sol, es tan sólo una forma para que nuestra consciencia pueda asumir el relato de la vida. Algunas culturas asumen que el tiempo no existe y es tan sólo una apreciación de la consciencia humana y de la cual, como individuos, no somos más que una hoja en la rama de un árbol común a la cual llamamos Ser Humano.

Por eso, ejercer con responsabilidad la vida es también asumir que el resto de seres vivos que nos rodean no son tan diferentes de nosotros. La vida se caracteriza por la inteligencia, algo que imaginamos como exclusivo del *Homo sapiens* y que hoy empezamos a percibir incluso en las plantas. Para ello es necesario

vivir conscientemente el cambio que marca el palpitar de la vida (nacimiento, desarrollo, muerte).

La vida no puede desarrollarse sin este permanente reciclaje al igual que observamos en la naturaleza con los cambios estacionales o la propia evolución de los ecosistemas. Esto es la danza de la vida que debemos abrazar, celebrar y agradecer.

La vida es sólo la muerte que viene

Acercarse a la muerte lúcida o al arte de aprender a morir es también comprender cómo abordarla conscientemente, y que por tanto sea un proceso que pueda ser vivido desde el gozo.

En la cultura occidental la muerte aún sigue siendo un tema tabú, a pesar de que, nos guste o no, es una de las pocas certezas que tenemos.

Como diría el escritor Jorge Luis Borges, “*la vida es solo una muerte que viene*”, pero, debemos observar que esta no viene sola, aunque no seamos conscientes de ello.

El arte de aprender a morir exige: saber despedirse del cuerpo, mirar en el horizonte de todo lo aprendido y gozado, dejar que el alma se serene, y entregarse a la despedida desde el amor por lo compartido en esta vida.

Oxidados poco a poco

El cuerpo humano desde su nacimiento entra en contacto con el oxígeno y por tanto empieza a “morir”. Nuestras células obtienen energía a través de la llamada oxidación metabólica cuando tomamos alimentos. De ahí que la alimentación constituye la base de la longevidad de un ser humano. Pero el arte de comer sano, es decir de mínimo desgaste metabólico está fuera del alcance de la mayoría. La creciente industrialización de la producción de alimentos ha llenado de tóxicos (aditivos, hormonas, etc.) el cuerpo humano. Pero nuestro cuerpo no solo se envenena con la comida, sino también con las medicinas, las radiaciones electromagnéticas o los contaminantes que se vierten al aire y que inhalamos. Vivimos desde hace decenios en un mundo lleno de tóxicos.

Nuestro cuerpo se expone a una sopa de tóxicos y nuestra fisiología es incapaz de mantener un equilibrio saludable con el entorno y que llamamos “vida”.

Es entonces cuando aparece la enfermedad como síntoma de este desequilibrio imposible. Desequilibrio que a menudo no puede recuperarse y conseguir un nuevo equilibrio. Entonces la muerte es su consecuencia final.

Hoy por nuestro torrente sanguíneo circulan todo tipo de aditivos hasta pesticidas o metales pesados como plomo o mercurio. Al dar tratamiento final al cuerpo fallecido, debemos considerar no dar continuidad a este ciclo de toxicidad.

Por eso, se ha propuesto emplear técnicas de desintoxicación o remediación del cuerpo sin vida. La investigadora Jae Rhim Lee, comercializa una mortaja a modo de traje a base de hongos (ver página 96) que facilita la absorción de tóxicos presentes en el cadáver.

El diseñador holandés Bob Hendrikx, fabrica un ataúd, el Living Cocoon, que es un arca micorrizada (ver página 103) para la misma función de reducir la carga tóxica presente en el cuerpo humano. Ambas son buenas soluciones para el retorno a la tierra evitando envenenarla.

Despedirse con agradecimiento del cuerpo físico

La lucidez de la vida está íntimamente relacionada con la conciencia de la muerte. La muerte consciente es la que nos permite entregarnos a ella agradeciendo el servicio prestado por nuestro cuerpo.

Muchas filosofías dejan claro que el cuerpo físico es tan sólo el vehículo del alma e incluso lo menosprecian como algo pecaminoso.

Aun no siendo conscientes de nuestra alma, ni de nuestra mortalidad, cuando se acerca el final de la vida, nuestro cuerpo biológico nos habla.

Nos habla desde su cansancio y desgaste físico, desde su desmoronamiento sensorial y cognitivo, de su incapacidad para llevar a cabo determinados procesos fisiológicos básicos.

En la vejez el cuerpo físico pide descanso. En la enfermedad este pide tomar conciencia de un cuerpo que no ha sido cuidado con suficiente esmero.

Lamentablemente, no forma parte de nuestra cultura esta escucha de nuestra “maquinaria biológica”. De hecho, incluso la tecnología médica se atreve a implantar válvulas en personas con casi noventa años afectadas por estenosis aórtica.

De esta escucha atenta de nuestro cuerpo, no sólo podemos percibir su cadena de fallos, si los hay, sino también del vigor (combustible) que nos queda.

Algunas personas sabias (ascetas, yoguis, etc.), que han vivido con consciencia su vida (larga o corta, no importa) pueden predecir el momento de despedirse de su cuerpo físico (de su muerte) pues para ellos la muerte no existe, “cuando te cansas de la vida, simplemente te quitas la vestidura de carne y regresas al mundo astral.”.

El horizonte gozado

La vida es para ser felices y la muerte es lo que nos permite expresar esta gratitud y descubrir que al morir salimos de nuestro cuerpo y nos damos cuenta que seguimos vivos. Morir es vivir, es renovarse, una bendición que debería celebrarse.

Algunas visiones espirituales advierten que la muerte es un gozo, una alegría ya que esta es la coronación de una experiencia vivencial escogida para evolucionar.

Otras filosofías aseguran que el cuerpo es una cárcel para el alma y que es al morir que el cuerpo biológico facilita que el alma recupere su libertad. Estas visiones incitan a que no debemos tener miedo a la muerte ni aferrarnos a la vida.

Aseguran que tras la muerte hay la pura felicidad. O sea que la muerte nos libera del continente, pero no del contenido que es el alma la cual es inmortal.

Para otros la muerte es la prueba del fin de nuestra misión vital como almas y que no siempre la mente física puede aceptar o comprender.

Aprender a morir es permitir que la mente deje expresar al alma y que esta acepte dejar el cuerpo sin apegos y viaje hacia la luz de la felicidad.

Cuando hay distorsiones, un alma puede quedar atrapada en la dimensión terrenal. En otras ocasiones, caso de las experiencias cercanas a la muerte, hay una invitación a que el alma continúe en el cuerpo con una nueva misión. Por eso muchas personas que han vivido una experiencia cercana a la muerte manifiestan haber perdido el miedo de morir.